EL PENSAMIENTO DE MACHADO, DESDE ESTA REVUELTA DEL CAMINO

Antonio Rodríguez Almodóvar

Hace ahora siete años, y en una ocasión similar a ésta[1], celebré en público el que, por fin, empezara a ser posible hablar de Machado sin los zarandeos de la política y sin tener por fuerza que arrimarlo a las causas heroicas. Ya nos habíamos servido lo bastante de él, unos y otros, como para que fuera justo ocuparnos un poco menos del hombre y un poco más de la obra, la cual, según todos los indicios, es lo que debe importar en los poetas. Ya se me notará mi escasa confianza en que una simple evidencia como ésta acabe conmoviendo los sagrados pilares del culto a la imagen y a la personalidad, sobre todo cuando existe el firme propósito de esquivar lo que un autor dice, como es el caso, y por más que se prodigue la música de su canción o se multipliquen los ecos de su secreta armonía.

Pues aún sabiendo todo eso, vuelvo a repetirme aquella consigna, convencido de que hoy es más posible ahondar en las cosas que Machado dice, lo cual no siempre es fácil ni cómodo. Por el contrario, suele deparar sorpresas, contratiempos y hasta disgustos personales, mitigados tan sólo por la magia y la facilidad del verso machadiano, que actúan no pocas veces como lenitivo ante el vértigo, la aspereza o la inquietud de un mensaje donde, pongamos por caso, Dios es el creador de la Nada; el olvido es garantía de amor, que siempre resulta fantasía; el ser es esencialmente heterogéneo; el pensamiento, ni lógico ni metafísico, sirve para conocer, y cada cual tiene que hacerse su propio camino, es decir, arreglárselas como pueda, sin que valgan doctrinas, liderazgos ni salvadores de ninguna índole.

Un pensamiento que, por tratar de definirlo para abrir nuestro propio camino en esta exposición, diremos que es antiesencialista, sin llegar a materialista, cercano a Shopenhauer y a Heiddegger, partiendo de Kant y alejándose de Leibnitz por igual medida; anticlerical, pero no indiferente en materia religiosa; orientalizante, más de lo que parece; proclive a un cierto panteísmo nihilista, en evolución hacia un panenteísmo Krausista[2]. En suma, tan heterodoxo en casi todo y tan *sui generis* que poco han de valernos los esquemas al uso entre agnosticismo/fideísmo, izquierdas/derechas, nacionalismos/regionalismos, como no sea para que esas, y otras dicotomías aún más cómodas, salten hechas pedazos bajo el implacable escalpelo machadiano; eso sí, con saludable provecho de las razones paradójicas, la sabiduría popular y los derechos de la gente común contra la opresión y los privilegios. Dos o acaso tres, de las pocas cosas en las que Machado creía firmemente.

Me atrevo a suponer que hoy, ya remansadas las turbulencias de aquella transición, podremos comprender un poco mejor, y despejar, las circunstancias que han dificultado en todo momento escuchar y comprender cabalmente lo que Machado se empeñaba en decirnos, de una y mil maneras diferentes; lo cual no pudo ser ni en su propio tiempo, tan agitado; ni mucho menos en la oscuridad que sobrevino con la Guerra Civil, ni durante la persecución de que fue objeto después aquel afable republicano; pero tampoco bajo la admiración que recibiera posteriormente, por lógico reconocimiento a su profunda coherencia humana. En ningún momento, digo, se pudo crear el clima favorable a la comprensión de los mensajes machadianos, salvo casos aislados como fue el de los seminarios que dedicara Agustín García Calvo a glosar a Juan de Mairena allá por los difíciles 60-62 en la Universidad de Sevilla. En ellos aprendí no poco de lo que quisiera recordar hoy.

Empezaremos por la simple constatación de que Machado es poeta y filósofo, sin el menor disimulo y sin que sea posible separar una condición de la otra, salvo forzadas cirugías, como las que ya quisieron aplicarle algunos renombrados críticos[3], entre los cuales circulaba el calificativo de "pelmazo", dirigido tanto a Mairena como a su maestro Abel Martín.

Tan indivisible, y tan notoria, es sin embargo esa doble cualidad, como la relación que hay entre el verso y la prosa machadianos, desde el primer momento y en todas las etapas sucesivas. Es decir, no se trata de algo más o menos aleatorio o impulsivo, sino sistemático y premeditado, como trataremos de ver. Y es sistemático hasta en la asumpción de los cambios cualitativos, de los saltos provocados por la superación de contradicciones. El mismo poeta lo reconoce así desde muy temprano: "Ya era muy otra mi ideología", escribe, por ejemplo, en 1917, para señalar los cambios experimentados en él y en su obra, y entre el primer y el segundo libro (*Soledades* y *Campos de Castilla*); cambios que, como es sabido, lo alejarían de Juan Ramón y de su egocentrismo panteísta, entre otras cosas. Así, siempre consecuente con las transformaciones experimentadas en su poética, o en su pensamiento, abrazará ciertas ideas o actitudes, para alejarse después de ellas; por ejemplo, el intuicionismo bergsoniano, o el elitismo de la Institución Libre de Enseñanza.

También caben en esa concepción de sistema dialéctico los conflictos nunca resueltos, que al poeta le harán sufrir en lo más íntimo ("Yo vivo en paz con los hombres / y en guerra con mis entrañas")[4], siendo el más agudo entre todos el del sentido final de la existencia y, por ende, de la muerte. Valdrá la pena detenerse en ello un momento.

Sin regateos ni soluciones audaces, a Machado la muerte le provocará, unas veces, la creencia en un perderse anónimo dentro de la plenitud absoluta —de tinte más bien budista—; otras, por el contrario, la de una continuidad del individuo en extraña y sempiterna soledad. Lo que no hará nunca es engañarse a sí mismo planteándose la solución mecánica, intermedia, de un modo de subsistencia individual en la plenitud del todo —como sucede en las religiones históricas— ni, en el extremo opuesto, una disolución absoluta en la nada. Machado no se decidió nunca por ninguna de las dos primeras opciones, que sí cabían en su sistema, y coherentemente, las dejó sugeridas a través del símbolo: "Si vivir es bueno / es mejor soñar / y mejor que todo / madre, despertar"[5], donde se percibe un cierto optimismo filosófico en el que la contradicción vigilia / sueño, esto es, realidad /

apariencia, ser / no ser, no ha de alcanzar verdadera solución sino por lo contrario a ambas: el momento del despertar, es decir, la muerte, como un acceso instantáneo a la clarividencia. ¿Qué forma tendrá el yo en ese puro conocer? ¡Quién lo sabe!

Tendremos que admitir, por consiguiente, que Machado no nos dejara mensajes claros y reconfortantes, en ésta como en otras cuestiones de menor fuste, ni que debamos aspirar a mucho más que aquello a lo que él mismo aspiraba con su escepticismo de fondo —ése sí, constante—, en la averiguación de la verdad[6].

Pero aclaremos enseguida que nada tienen que ver aquellas angustias y las muchas cavilaciones machadianas con la "confusión" ni con el "caos" que hace tiempo le reprochara el crítico antes citado, como tampoco con el "decir oblicuo e impreciso" que le ha imputado algún otro[7]. Luego lo explicaremos.

Resumiendo estas palabras iniciales, me parece que son estos años de mayor sosiego intelectual —y de mayor despiste, todo hay que decirlo—, los más idóneos para que, por fin, nos acerquemos al muchas veces enigmático pensamiento de Machado, sin estigmas ni presunciones, o por lo menos un poco más libres de ellos.

No podremos extendernos todo lo que quisiéramos en esta breve comunicación, que sólo aspira a situar en una nueva perspectiva la oportunidad, y la conveniencia, de acercarnos al pensamiento del que creo ha sido —y acaso sea— el más importante filósofo español de este siglo, sólo oscurecido por su propia grandeza como poeta, y por las circunstancias ya señaladas. Nos centraremos, sin embargo, en unas cuantas apreciaciones que nos parecen básicas.

Como poeta filósofo que es Machado, convendrá preguntarse, en primer lugar, cómo entiende él mismo la relación entre poesía y filosofía. De las numerosas ocasiones en que se ocupará de ello, analicemos este pronunciamiento que aparece en *Los complementarios*: "El pensar metafísico especulativo —dice Machado— es, por su naturaleza, antinómico; pero la acción, y la poesía lo es, obliga a elegir provisoriamente uno de los términos de la antinomia"[8]. Varias son las ideas que sorprenden, todavía hoy, en esta observación. En primer término, la distinción subyacente entre pensamiento metafísico y pensamiento lógico o racional. Para este último, Machado siempre tuvo expresiones negativas, haciéndole responsable del alejamiento entre el ser y el pensar. ("La razón analiza y disuelve")[9]. En esto Machado sigue al pie de la letra a Shopenhauer, lo mismo que un Baroja y que otros noventayochistas, inmersos como estaban en la atmósfera del pesimismo ontológico que amparó —o más valdría decir *desamparó*— la vida intelectual de la época, y de la que salieran tan diversos y divergentes caminos. La otra forma de pensar, la metafísica, ("Machado es un poeta metafísico en el buen sentido de la palabra", dice J.M. Valverde[10]), está hecha de antinomias, contradicciones, sobre las cuales el pensamiento gira también en el vacío, al no poderse decidir por ninguna de las dos caras con que siempre gusta aparecer la realidad. La acción, sin embargo, nos obliga constantemente a elegir, aunque sea provisionalmente. Lo curioso es que para Machado la poesía ya es acción, y no contemplación; idea ésta que resultaría tan fecunda en los poetas comprometidos de la posguerra, en contraposición a los "poetas puros" de la línea juanramoniana y de la Generación del 27, en su mayor parte. Desde esta concepción, el poeta sevillano asume el riesgo que entraña siempre el ejercicio de la poesía, tal vez frente al ejercicio abstracto del discurso filosófico. De ahí que los textos en prosa estén hechos

principalmente para "complementar" la obra poética, muchas veces como exégesis o mera glosa, pero también como ironía acerca de ella misma, haciendo ver incluso lo contrario de lo que dice el verso como una posibilidad digna de tenerse en cuenta.

Machado llevará esta actitud hasta la exageración, como cuando escribe: "Nunca estoy más cerca de pensar una cosa que cuando escribo la contraria"[11]. O se corrige, no sin humor próximo a la autoburla, tras haber dicho en más de una ocasión que "el ser y el pensar no coinciden ni por casualidad"[12]: "Es una afirmación demasiado rotunda, que nosotros no haremos nunca. Sospechamos que no coinciden, que pueden no coincidir..."[13]. Bien lejos estamos ya de aquel "Confiemos en que no será verdad nada de lo que sabemos"[14].

En realidad, a Machado le faltó dar un paso más decidido en su pensamiento hacia la dialéctica materialista, sobre la que tuvo siempre serias cautelas mediatizadas sin duda por prejuicios también de época, el primero de todos "la presunta supremacía de lo económico"[15], a cuyo pábulo no han sido ajenos muchos marxistas. Por lo que quiera que fuese, Machado nos parece que no alcanzó a ver del todo la dimensión dialéctica que tiene su propia obra, hasta cuando quiere alumbrar lo desconocido —la realidad y la muerte—, por la fuerza expresiva de las contradicciones y las paradojas: "En mi corazón tenía / la espina de una pasión. / Logré arrancármela un día / ya no siento el corazón"[16]; "busca a tu complementario, que siempre marcha contigo y suele ser tu contrario"[17]; "Cuando vino la muerte / el viejo a su corazón / preguntaba: ¿tú eres sueño? / ¡Quién sabe si despertó!"[18], u otra vez, "tras el vivir y el soñar / está lo que más importa: / despertar"[19]. Expresiones estas últimas que implican un acusado grado de evolución, por superación de contrarios, respecto de afirmaciones anteriores, como cuando escribía a propósito de la muerte de Leonor: "Dice la esperanza: un día / la verás, si bien esperas. / Dice la desesperanza: sólo tu amargura es ella". Con un remate que se nos antoja dictado por la pura desesperación: "late, corazón... No todo / se ha tragado la tierra"[20]. Es decir, desde la angustia personal de estos versos, Machado fue elaborando toda una teoría de la muerte como un *despertar* a lo inimaginable, a lo que nada tenga que ver con nuestra idea del mundo ni con nuestros deseos acerca del Más Allá. En esto, su pensamiento está mucho más cerca de filosofías orientales, según dijimos, que cualquier dicotomía occidental, como las de razón y fe o realidad/fantasía, cuya dialéctica es mera apariencia, esto es, metafísica especulativa de la que tanto se apartó Machado. Lo dirá con expresión inequívoca: "Necesita, pues, el pensar poético, una *nueva dialéctica* (subrayado nuestro), sin negaciones ni contrarios (...) la lógica del cambio sustancial"[21]. La expresión no puede ser más materialista... en el buen sentido de la palabra.

Al mismo código pertenecen otras expresiones machadianas, utilizadas por el autor siempre en el límite de sus preocupaciones más hondas, como cuando se refiere a la transformación sustancial que la poesía ejerce sobre el lenguaje ordinario: "La palabra es, en parte, valor de cambio, *producto social* (...) Al poeta no le es dado deshacer la moneda para labrar su joya...[22]. Ideas estas bien contrarias a las de los poetas de la torre de marfil, instalados como ya se sabe en el espejismo de ser dueños de la poesía. Machado, en cambio, reconoce humildemente no saber en qué consiste la labra de sus versos; que lo único que sabe es que ese cambio sustancial que se opera en el lenguaje por mediación de él es también un "pro-

ducto social", puesto que al poeta no le es permitido destruir la estructura del lenguaje. En suma; tenemos lo esencial del pensamiento dialéctico materialista en sus varios aspectos: lógica del cambio sustancial, valor de cambio (en oposición al valor de uso, "todo necio confunde valor y precio")[23], y reconocimiento de que el lenguaje, y la poesía también, son bienes de dominio público. El último tramo de esta cadena es la necesidad de la acción, del compromiso, al que ya hemos aludido. Todo ello aparece resumido por el poeta en un comentario a *Arias tristes*, de Juan Ramón: "Porque yo no puedo aceptar que el poeta sea un hombre estéril, que huya de la vida para forjarse quiméricamente una idea mejor en que gozar con la contemplación de sí mismo. Y he añadido: ¿no seríamos capaces de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante? Acaso entonces echáramos de menos en nuestros sueños muchas imágenes, y tal vez entonces comprendiéramos que éstas eran los fantasmas de nuestro egoísmo, quizá de nuestros remordimientos"[24].

Muy ligada a cuanto llevamos dicho es la cuestión estética. Un poeta-filósofo no es aquel que encubre una cosa mediante la otra, la poesía mediante la filosofía o viceversa, sino el que hace de ambas una sola realidad. Desde el punto de vista del sentido, ya hemos visto que ello es así en la relación verso-prosa. Habrá que ver si también ocurre en la más íntima articulación de todo el pensar machadiano con el sistema expresivo que para él eligió el escritor. En términos actuales, cómo es la semiosis interna de la obra machadiana, la producción inmanentista, autónoma, si se quiere, de un sistema de comunicación, en este caso, estético y filosófico.

Algo llevamos dicho acerca de esta cuestión cuando tanto hemos insistido en la coherencia interna de la obra de este autor, con la pertinencia —recordemos— de los saltos cualitativos que corresponden a la búsqueda de aquella nueva dialéctica, de la que Machado nos hablaba. No habría nada menos machadiano que la exigencia de un único e inalterable discurso, poco menos que la posesión de una verdad absoluta.

Machado es un poeta tan de su tiempo —como lo fue el hombre en los más insólitos y trágicos avatares de la realidad histórica—, que no pudo ni quiso sustraerse a la estética que mejor le convino, y que fue en buena medida la del simbolismo francés, con un ligero tránsito por el modernismo, como escuela derivada o emparentada con aquél, y con un rechazo de la otra estética de moda, la parnasiana, que fue en cambio la elegida por su hermano Manuel, como poeta decadente y artífice de la ambigüedad más exquisita y poco comprometida. (Por lo menos hasta que se dejó atrapar por el franquismo. Entonces fue todo lo claro que le exigieron). Antonio, por el contrario, fue siempre fiel, en una gran parte de su poesía, a la estética que mejor se avenía con su concepción de la realidad, un verdadero "templo de vivos pilares que, a veces, dejan salir confusas palabras (...) el hombre pasa a través de bosques de símbolos (...) en una tenebrosa y profunda unidad (donde) los perfumes, los colores y los sonidos se responden"[25]. (No hemos de olvidarnos, sin embargo, del antecedente becqueriano que hay también en Machado, poco investigado en mi opinión, a este propósito; me refiero, naturalmente, al Bécquer que también *sospechaba* que la realidad era otra cosa distinta de lo que parece y que él quisiera expresar "con palabras que fueran a un tiempo, suspiros y risas, colores y notas")[26].

Una cierta miopía esteticista ha querido ver tanto en los versos de Baudelaire

como en los de Bécquer un salvaconducto para los excesos formales y las imprecisiones semánticas, y no lo que verdaderamente es: una concepción del mundo como un lugar de impenetrable sentido que sólo de vez en cuando nos concede un atisbo de lo que verdaderamente es. Atisbo que son los poetas, y mejor los poetas filósofos, quienes más predispuestos parecen a percibir.

¿Pero qué hemos de entender por simbolismo cuando lo referimos a Machado? Ahorrémonos disquisiciones, si él mismo lo explica: "Da doble luz a tu verso, / para leído de frente / y al sesgo"[27]. No podría ser más claro: hay un sentido directo en lo que él escribe y otro indirecto, sugerido, valdría decir. En modo alguno estamos ante una declaración de incapacidad para decir algo, o de confusión; ni siquiera de ambigüedad. El poeta recurre al decir simbólico, al decir algo más de lo que parece, pareciéndosele, porque lo que desea es provocar al lenguaje para que, en su íntima correlación con la perplejidad del mundo, nos permita un vislumbre de lo que no vemos con los ojos ordinarios; nos deje escapar entre los vivos pilares y los bosques de símbolos, siquiera un susurro de la armonía que ha de existir entre los seres, y cuya primera manifestación quiere ser la belleza. Dicho de otra manera: en la misma medida en que el lenguaje natural es sistemático en sus más profundas determinaciones y es el mejor instrumento que poseemos para interpretar el mundo, así el lenguaje poético, que fuerza al lenguaje común a expresar algo más de lo que tal vez quisiera, nos permite abrigar esperanzas de una intelección excepcional. Resulta así que la investigación gramatical, como ocurre en la moderna semiótica, no es sino una investigación en las verdades de todo tipo. Y la poesía, como gramática particular de un autor, debe acercarnos más fácilmente a algunas de ellas.

Se entiende ahora mejor por qué aquel empeño de Machado en llamar a las clases de Abel Martín, clases de retórica y arte poética, y por qué era la principal invención del maestro la de una máquina de cantar, esto es, un sistema expresivo capaz de reproducirse por sí solo, como la lengua natural en la competencia lingüística de sus usuarios: gracias a ellos, mas por encima de ellos.

En ese código simbólico, que constituye coherentemente un sistema, y un sistema evolutivo a lo largo de la obra machadiana, no hay ni siquiera demasiados elementos. Por el contrario, Machado emplea sólo unos cuantos, muy genéricos, pero muy escogidos: el agua (en sus fundamentales manifestaciones: manantial, río, mar), el sueño (y sus correlatos: la vigilia y el despertar); el camino (y su negación, la estela), y pocos más de esa envergadura —la que trata de dar soporte intuitivo a la temporalidad, al fluir inaprehensible de todas las cosas—. Hay otros símbolos más o menos derivados de los fundamentales, o aplicados a cuestiones de otra índole, como son los arbóreos, en consonancia con la oposición Castilla/Andalucía; los jardines, los trenes, los casinos, las moscas... cada cual con su función representativa secundaria, perfectamente perceptible en cada contexto.

Se observará que entre los que hemos caracterizado como símbolos principales, los dos primeros son de triple composición, lo cual corresponde al planteamiento dialéctico que late en su concepto. De esta manera, sobre la oposición entre el agua de manantial, que representa la pureza espontánea del ser, y la de río, que alude a un curso más o menos ordenado de la realidad —aunque sólo sea aparente—, está la evidencia de lo insondable: el mar, que entonces se refiere a todo aquello que es, por principio metafísico, lo desconocido, y, al mismo tiempo,

a la realidad. Esta última, queriendo ser evidente, es sin embargo la más inasible, por cuanto se muestra siempre en contradicción, en antinomia, como decía el poeta. Es sin duda éste del mar el símbolo dialéctico más completo de toda la estructura significativa machadiana, pues encarna a la vez a los dos elementos más opuestos: la realidad metafísica y la realidad cotidiana. Los contenidos de fluidez, inmensidad y ámbito de una ingente cantidad de seres no visibles, soportan tamaña responsabilidad semántica. Y, desde luego, explican perfectamente la desesperación de Machado ante la incomprensible muerte de su joven esposa, Leonor: "Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar"[28].

Junto a esta breve, aunque recurrente, constelación de símbolos, Machado utiliza la expresión directa y unívoca, si lo que quiere decir se basta de esa manera. Y ello incluso cuando trata de expresar conceptos estrictamente filosóficos, tanto en verso como en prosa. Una infinidad de ejemplos podrían citarse: "Sobre mi mesa los datos / de la conciencia inmediatos. / No está mal / este yo fundamental / contingente y libre, a ratos (...)"[29]. "El Dios que todos llevamos, / el Dios que todos hacemos, / el Dios que todos buscamos / y que nunca encontraremos / Tres dioses o tres personas / del sólo Dios verdadero"[30]. "No es el yo fundamental / eso que busca el poeta, / sino el tú esencial"[31]. "Con el tú de mi canción / no te aludo, compañero. / Ese tú soy yo"[32]. No han de faltar en estas expresiones la paradoja y el humor, aunque como simples condimentos de un decir claro, que, sin embargo, han hecho creer a algunos disconformes que Machado pretendía decir otra cosa, extrapolando así la estética simbolista a lo que nada tiene que ver con ella en el propio sistema machadiano.

Las dos últimas estrofillas citadas nos dan pie para la última reflexión que podremos hacer. La del pensamiento y la necesidad del Otro, como uno de los grandes hallazgos de esta filosofía. En efecto, mientras buena parte de la poesía española de este siglo, a la que hemos aludido, se esfuerza por ahondar en el misterio del Yo, Machado elige el camino contrario, el camino del Tú (aunque también incluye una argucia, con la que intenta saber algo de sí mismo). Estamos ante un imperativo de su propio sistema filosófico, donde la alteridad juega un papel básico, axiomático, consecuente con la "esencial heterogeneidad del ser", la dialéctica del cambio sustancial y, en suma, todo aquello que remite a la suposición de que tras la apariencia de las cosas está aquello Otro que de verdad las explica; sin descartar siquiera la posiblidad de que eso Otro sea Dios. ("Quien habla a solas espera hablar a Dios un día", dice, tras haber afirmado: "Mi soliloquio es plática / con este buen amigo / que me enseñó el secreto de la filantropía"[33], es decir, de la apetencia insaciable de diálogo que yo siento deduzco la existencia del otro, como un algo irreductible, pero que me necesita en la misma medida que lo necesito yo a él, aunque sea la negación de mi yo, o precisamente por eso. Y así, por intuición final, comprendo que si algo soy, ello se debe a mi presencia entre los demás, hasta el punto de que "mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien nuestro"[34] y, en el lado contrario del planteamiento, "En mi soledad / he visto cosas muy claras, / que no son verdad"[35]. Bien mirado, es este punto de vista, extraordinariamente generoso —como no puede haberlo más— el que da consistencia a la solidaridad como único modo de conciencia posible y necesaria en todos los órdenes, desde el más personal al más público; el que puede regular tanto las relaciones individuales como las relaciones políticas, en la certeza

de que son los otros, por principio, los que reclaman un mayor grado de conocimiento y de verdad. No sé si alcanzo a expresarlo bien. Como sospecho que no, recurriré esta vez al último Machado, al de 1936, en Valencia, para terminar rogándoos, con sus propias palabras: "Ayudadme a comprender esto que os digo, y os lo explicaré más despacio"[36].

NOTAS

1. Consistió en un homenaje a Antonio Machado, organizado por la Diputación Provincial de Sevilla, en febrero de 1981. En la serie de conferencias intervinieron José M.ª Valverde, Jesús Aguirre, Agustín García Calvo, Juan Carlos Rodríguez, Juan Luis Cebrián, Alvaro Salvador, Kim Vilar y yo mismo.
2. El término "panenteísmo", con el sentido de "todo en Dios", lo utiliza Armand F. BAKEN, en su obra *El pensamiento religioso y filosófico de A.M.;* Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla, 1985. Se trata de un interesante y renovador punto de vista sobre diversas cuestiones del modo de pensar machadiano, no siempre bien entendidas.
3. El más notorio, entre ellos, sigue siendo Dámaso Alonso, que afirmó: "Estos escritos filosóficos, siempre asistemáticos y muchas veces sumamente confusos y hasta caóticos (...) no son nuestro tema", en *Cuatro poetas españoles*; Madrid, 1962, p. 152. Contra esta visión de un Machado discontinuo, cabe citar la posición contraria de R. Gullón, entre otros.
4. *Obras, Poesía y Prosa*; Buenos Aires: Losada, 1973, p. 202. En adelante citaremos esta edición por OPP.
5. OPP., p. 285. Más adelante nos detendremos de nuevo en esta importante tríada simbólica de Machado: vivir / soñar / despertar = morir.
6. Dice Juan de Mairena: El escepticismo que, lejos de ser, como muchos creen, un afán de negarlo todo, es, por el contrario, el único medio de defender algunas cosas". *Juan de Mairena;* Madrid: Clásicos Castalia, 1972, p. 87.
7. La expresión es de Jorge ENJUTO en "Sobre la poesía metafísica de Machado"; Cuadernos para el Diálogo, Extra XLIX, Noviembre, 1975, p. 48.
8. *Los complementarios*; Madrid: Cátedra, 1980, p. 148.
9. Del prólogo a *Campos de Castilla*, de 1917. Una de las múltiples maneras en que Machado expresó su convicción de que el pensamiento lógico está fuera del tiempo y que, por lo tanto, el ser no puede ser pensado, en la más pura línea kantiana.
10. En *Antonio Machado*; Madrid: Siglo XXI, 1975, p. 62.
11. *Los complementarios*, op. cit., p. 157.
12. OPP., p. 309. Otra expresión similar muy utilizada por Machado, y que quiere contrapesar en cierto modo a la anterior es: "Confiemos / en que no será verdad / nada de lo que sabemos" (OPP., p. 204), que tiene esta otra variante: "Confiamos / en que no será verdad / nada de lo que pensamos" (*De un cancionero apócrifo*; Madrid: Clásicos Castalia, p. 209).
13. *Juan de Mairena*, op. cit., p. 259.
14. Ver nota 12.
15. José M.ª VALVERDE: *Antonio Machado*, op. cit., p. 29.
16. *Soledades*, poema XI.
17. *Nuevas canciones*. Proverbios y Cantares, XV.
18. OPP, p. 225.
19. OPP, p. 280.
20. *Campos de Castilla*, poema CXX.
21. OPP, p. 310.
22. OPP, p. 308.
23. *Nuevas Canciones*, Proverbios y Cantares, LXVIII
24. OPP, p. 763.
25. Traducción nuestra de algunos versos del célebre soneto "Correspondances" de Baudalaire.
26. *Rima* I.
27. *Nuevas Canciones,* Proverbios y Cantares, LXXI.
28. *Campos de Castilla*, poema CXIX.
29. Del "Poema de un día", de *Campos de Castilla.*
30. *Campos de Castilla*, Parábola VI.
31. *Nuevas Canciones* , Proverbios y Cantares, XXXVI.
32. Ib. L.
33. *Campos de Castilla*, Retrato.
34. *Los Complementarios*, op. cit., p. 96.
35. *Nuevas Canciones*, Proverbios y Cantares, XVII.
36. OPP, p. 526.